

MIÉRCOLES, 05-10-2011



UNA MEDICINA
PARA EL HOMBRE

la clave

El ejercicio de la Medicina se está convirtiendo en una práctica integrada en la potente industria técnico-farmacéutica

?

EL ENFERMO REQUIERE TODOS LOS AVANCES TÉCNICOS NECESARIOS PARA SU DIAGNÓSTICO Y TRATAMIENTO, PERO NO DEJA DEMANDAR AL PROFESIONAL UN PLUS DE HUMANIDAD

El factor humano

► **Ismael Yebra**
Dermatólogo



LA Medicina, como la vida misma, se ve continuamente sometida a los cambios tecnológicos y avances científicos. Un médico que haya ejercido una especialidad determinada hace no más de 30 años, hoy en día, sería un total ignorante en esa materia y un auténtico incompetente. Los cambios introducidos en la ciencia médica en escasos años han conseguido que los medios de diagnóstico, las nuevas técnicas exploratorias y las posibilidades terapéuticas, nada tengan que ver con lo que se disponía hace una década.

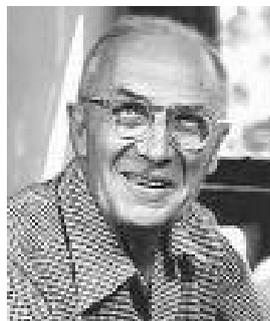
Actualmente, es raro ver a un galeno utilizando un fonendoscopio para diagnosticar un derrame pleural, un meteorismo intestinal o un soplo cardíaco. Menos aún, verle recurrir a técnicas de percusión o palpación abdominal para certificar una sospecha clínica de apendicitis o litiasis biliar. Es más: ¿se conformaría en estos tiempos un paciente con un diagnóstico clínico sin la práctica de la pertinente ecografía, TAC o Resonancia Magnética?, ¿confiaría, como antes era frecuente, en la exclusiva palabra de un médico experimentado?

Lejos quedaron ya los términos del aforismo hipocrático que decía aquello de... "lo que no cura la naturaleza lo cura la química, lo que no cura la química lo cura el hierro, pero lo que ni la química ni el hierro son capaces de curar, sólo una cosa es capaz de hacerlo: ¡la palabra del médico!". No soplan buenos tiempos para la palabra del médico. El ejercicio de la Medicina se ha convertido más en una ciencia de marcado cariz técnico que en una rama del saber que, lejos de estudiar al hombre aisladamente, debe mirar al individuo como un todo personal en su peculiaridad, integrado en una sociedad y una época determinada.

Si lejos queda ya el recuerdo de un tal Hipócrates del que a veces, cada vez menos, oímos hablar, no digamos ya de aquella máxima que afirmaba que el médico debe curar, si no aliviar y, cuando no sea posible ni lo uno ni lo otro, al menos consolar. Aliviar, escuchar, consolar... palabras que parecen obsoletas en el actual lenguaje de la Medicina. Obsoletas, no solamente por parte de una ciencia médica cada vez más alejada de lo huma-



► **ANTON CHÉJOV.** Es el prototipo de médico escritor que, a pesar de su éxito literario, nunca quiso abandonar el ejercicio de la Medicina. Ante la sugerencia por parte de su editor de dejar la actividad médica para dedicarse plenamente a la Literatura, contestó: La Medicina es mi mujer legal; la Literatura mi amante.



► **WILLIAM CARLOS WILLIAMS.** Considerado por la crítica como maestro del relato corto y uno de los más importantes poetas norteamericanos del siglo XX, este médico ginecólogo se vio obligado a abandonar su consulta tras un derrame cerebral. Siguió adelante, a duras penas, con su actividad literaria.



► **GREGORIO MARAÑÓN.** Médico madrileño figura clave en la España del siglo XX. A su magisterio médico como impulsor en nuestro país de especialidades como la Medicina Interna, la Endocrinología y la Nutrición, añadió una inestimable labor como historiador, ensayista e intelectual.



► **SIR ARTHUR CONAN DOYLE.** Médico escocés especializado en Oftalmología, pasaría a la historia de la Literatura como el creador Sherlock Holmes. Preso del éxito de su detective intentó matarlo; él prefería escribir novelas históricas y de viajes. Acabó dedicándose a ello y cerrando su poco concurrida consulta londinense.

no, sino lo que es peor, por los propios pacientes que piden para su dolencia toda clase de exploraciones (las más de las veces innecesarias) por muy dolorosas y molestas que sean. Y si así se reclaman los medios exploratorios, tampoco escatima el personal a la hora de exigir soluciones para su problema. Todo ello basado

en las expectativas científicas y en la propaganda técnico-industrial, que hacen creer al paciente que todo tiene una eficaz y rápida solución.

Estamos siendo testigos de la conversión del ejercicio de la Medicina en una práctica integrada en la potente industria técnico-farmacéutica. El médico no se contempla ya como

un ser sapiencial al que se acude con la fe en su experiencia y sus conocimientos, sino como un eslabón más dentro de la cadena de producción de toda una industria de la salud. El mensaje esgrimido por los gurús de esta industria va en la dirección de un mundo radiantemente feliz y fantástico. La consigna gira en torno a que en estos tiempos de avances científicos y técnicos ilimitados, nadie tiene por qué aceptar una determinada imagen inestética o una discapacidad. Nadie tiene por qué soportar un dolor por muy pequeño que sea, ni siquiera debe admitirse el envejecimiento evolutivo normal. No hay por qué consentir una limitación que condicione la actividad cotidiana, ya sea laboral o lúdica.

Pero, ¡vaya chasco!, resulta que la vida no es exactamente así. Que el mundo no es tan feliz ni tan fantástico. La cernidiana realidad y el deseo en médica versión. La decepción está servida y la depresión al acecho. El trato del médico con el paciente, que se supone debe ser amistoso, se convierte así en un cerco cada vez más

La Medicina, como la vida misma, se ve continuamente sometida a los cambios tecnológicos

estrecho e insalvable, en un campo minado lleno de explosivos dispuesto a hacer saltar por los aires, en cualquier momento, la otrora cordial relación médico-enfermo.

De todo ello podríamos sacar en conclusión que, aunque hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad, hemos de reconocer que la mente humana evoluciona a mucha menor velocidad. El hombre enfermo requiere todos los avances técnicos necesarios para su diagnóstico y tratamiento, pero no por ello deja, en el fondo, de seguir demandando al profesional que le asiste ese plus de humanidad que, si no lo tiene, al menos se le supone, como decían las antiguas cartillas militares de los soldados de reemplazo. Nunca más que ahora, sigue vigente aquella frase de Marañón allá por los años 50: bienvenidos sean todos los instrumentos nuevos llegados a una consulta médica, pero debe quedar claro que el único aparato imprescindible es la silla. Siéntese y cuéntenme que le pasa. ¡Que nadie me quite de hablar unos minutos con el enfermo!

